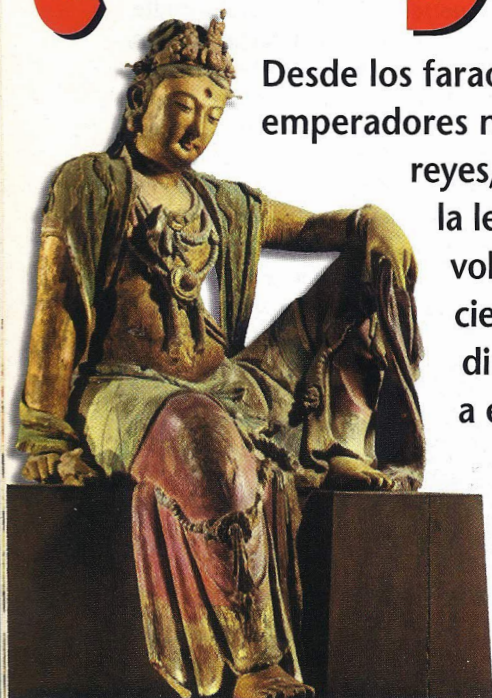


¿Reyes o Dios



Desde los faraones egipcios hasta los emperadores nipones, pasando por nuestros reyes, todos los monarcas han fundado la legitimidad de su poder en la voluntad divina. Representantes del cielo en la tierra, cuando no directamente deidades encarnadas, a estas personas se les ha atribuido el don de sanar, modificar el tiempo atmosférico, traer la prosperidad a su reino o arrasar provincias con su sola mirada.

FRANCISCO JAVIER ARRIÉS

Por más que se empeñen en decirnos lo contrario, la vida de un monarca no es como la de sus súbditos. Juan Carlos I tuvo un bautismo católico como la mayoría de los españoles. Pero el suyo no fue como el del resto de las personas corrientes. En un ceremonial de antiguas reminiscencias, por el que pasaron sus antecesores y pasarán sus futuros sucesores, el Rey recibió en Roma agua del Jordán, el río santo en el cual san Juan Bautista bautizó a Jesús.

La comunión en el agua santa del titular de nuestra «católica monarquía» con el «Rey de Reyes» no es ajena a la voluntad histórica de expresar la especial identificación de la Corona de España con la Iglesia y con la institución teocrática de la realeza judía. En este marco litúrgico, el Rey es ungido desde que nace para una misión trascendente. No sólo encarna el poder temporal del Estado, sino que representa una causa espiritual. Y es que el carácter sagrado de la institución monárquica se observa en todos los rincones del planeta y en todos los tiempos.

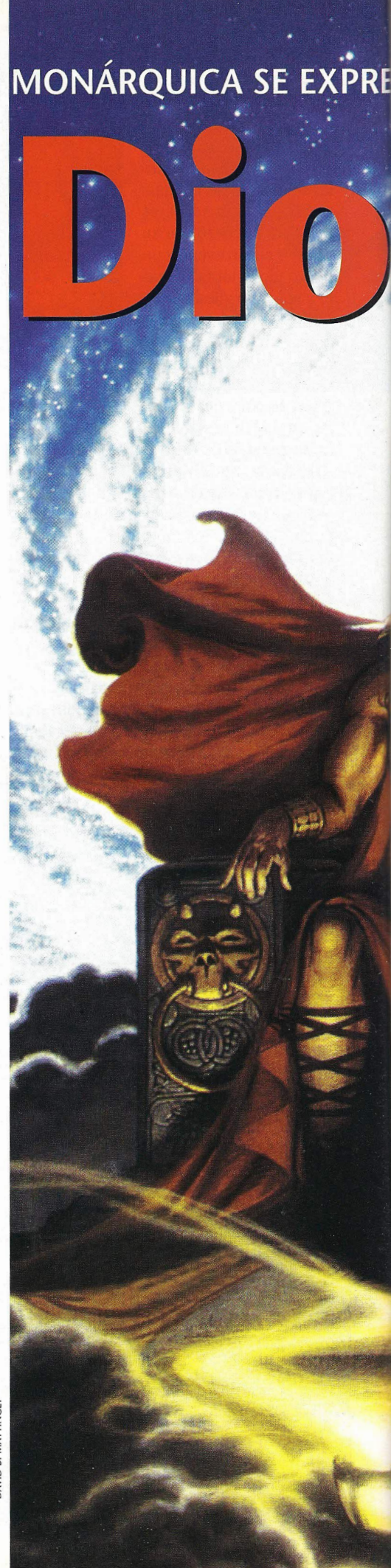
El faraón egipcio era un dios en sí mismo. Como las propias deidades, ataba una cola de animal a su cinto y sobre su frente os-

tentaba la imagen de la serpiente Ureus, que devoraba a sus enemigos. No sólo era el sucesor de los *neteru* (los dioses reyes que gobernaron Egipto en una mítica Edad de Oro original), sino el mismo Horus reencarnado. Por eso, se le dedicaban templos, con sacerdotes consagrados al culto de su persona. Incluso se afirmaba que su sangre era diferente; era oro, el metal del Sol, como la que corría por las venas de los inmortales.

Desde los tiempos más remotos, este elemento se convierte en un fluido misterioso que posee cualidades diferentes a la del resto de los hombres. Aún se dice que los monarcas tienen «sangre azul», aunque se haya perdido el significado de este simbolismo del color que, originariamente, obedecía a la idea de que los reyes procedían del cielo.

La prohibición de degradar el patrimonio divino tendría así una base eugenésica que podemos ver recogida en muchas leyendas. Y aunque estos vestigios mitológicos hayan perdido su importancia, la obsesión por la pureza de sangre en las casas reales ha seguido siendo una constante a lo largo de la historia.

De hecho, todavía es motivo de polémica en nuestro país, en el seno de los sectores monárquicos más tradicionalistas, la posibi-



DAVID B. MATTINGLY

SA EN TODAS LAS CULTURAS

ses?



El origen mágico de las monarquías

lidad de que el actual príncipe heredero, Don Felipe de Borbón y Grecia, no se case con una princesa de sangre real, como dicta la *Pragmática* de Carlos III y como ha sido norma estricta en la Familia Real desde entonces. Aunque nadie desconoce que la actual monarquía española se legitima sobre la Constitución democrática, y así han insistido en recordarlo Sus Majestades, la vieja concepción no ha desaparecido del todo.

Los dioses vivientes

En Mesopotamia, los reyes de Ur eran, como en Egipto, deidades a las que se erigían templos. Sus estatuas, en diferentes santuarios, recibían las ofrendas de sus súbditos. Los monarcas partos y su familia eran «hermanos del Sol y de la Luna», y reñir con ellos era un pecado que ofendía al cielo.

Los soberanos hindúes también eran encarnaciones divinas. El texto conocido como *Leyes de Manú* afirma que «ni siquiera un rey niño debe ser menospreciado por la idea de no ser más que un mortal; porque él es una gran deidad en forma humana». En la región de Orissa (India), una secta incluso rindió culto a la reina Victoria hasta su muerte como a la divinidad más importante de su panteón. En América, los emperadores incas eran «hijos del Sol», y dada su naturaleza no podían equivocarse. Los reyes aztecas eran tenidos por dioses. Así ocurrió con Moctezuma, el último de sus emperadores. También África fue hasta hace muy poco prolífica en reyes-dioses. Como a tales adoraron sus súbditos a los monarcas de Benin y de Mombasa. En la expedición inglesa al río Níger, el soberano de Iddah llegó a increpar a los oficiales ingleses: «Dios me hizo a su propia imagen; yo soy completamente igual a Dios y Él me señaló como rey».

Pero considerar a estas personas como dioses no es algo lejano que debamos buscar sólo en el pasado. Hasta no hace mucho tiempo, el emperador del Japón, era considerado una encarnación de la diosa del Sol, Amaterasu. Uno de sus títulos era el de «deidad manifestada», y una vez al año los inmortales le visitaban en su corte durante un mes. Este era el mes «sin dioses», durante el cual nadie acu- ➤

Imagen de Horus, el dios halcón, hijo de Osiris y de Isis, deidades que habrían reinado en una Edad de Oro original.





El 2 de febrero de 1552, el cura Merino apuñaló en el Salón de Columnas del Palacio Real a la reina Isabel II, que unos pocos días antes había dado a luz. Izquierda, representación indígena del emperador azteca Moctezuma, a quien sus súbditos consideraban un dios viviente.



día a los templos, porque éstos estaban de visita en el hogar imperial. El culto de la persona del emperador fue derogado por los aliados tras la Segunda Guerra Mundial; pero, aunque oficialmente éste ya no es tenido por un dios como hasta entonces, muchos de sus súbditos le siguen considerando como tal.

En otras culturas, aunque el rey es considerado humano, se cree que en determinados momentos se erige en un canal privilegiado a través del cual se expresa lo sobrenatural. Así, por ejemplo, en las islas Sandwich el monarca era introducido en una enorme cesta desde donde, guiado por el cielo, podía emitir oráculos.

Si bien el monoteísmo ha impedido siempre que los reyes cristianos fueran considerados más que humanos, la verdad es que han sido revestidos con idéntico carácter como representantes del poder celeste en la tierra. No en vano, la fórmula ritual reza: «soberano por la gracia de Dios»; y aunque en la actualidad la figura se ha desacralizado, aún permanece como intocable y, a menudo,

inconscientemente se le profesa una admiración y respeto que no están exentos de cierto matiz religioso.

En una democracia como la nuestra, por ejemplo, sólo en su persona es aceptable que, estando vivo, se le erijan monumentos



El soberano persa Ardashir recibe el poder directamente del dios Ahura-Mazda y hereda el título de «Rey de reyes», como sus sucesores.

públicos o se incluya su retrato presidiendo todos los ámbitos institucionales. Únicamente algunos jefes de Estado de regímenes totalitarios han disfrutado de este trato sin ser reyes; y, en estos casos, semejantes excesos de egolatría se identifican con un indeseable «culto a la personalidad». Es la consideración sagrada del monarca la que determina que la veneración de la institución que representa y del poder que encarna no generen rechazo y disfruten de la aprobación de una sociedad moderna.

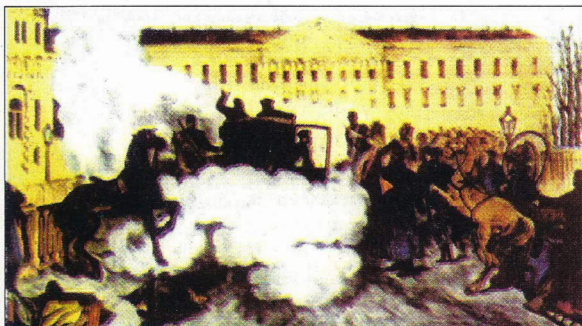
Pero en otro tiempo, la identificación con lo sobrenatural era tal que el monarca, al igual que ciertos dioses, debía morir y renacer periódicamente para que el Universo y

los ciclos naturales se renovaran. Cuando llegaba a cierta edad, a veces en un combate con un aspirante más joven, el rey era sacrificado a imagen de la divinidad suprema que, en casi todas las mitologías, crea el universo por desmembramiento de su unidad.

Esta costumbre era practicada todavía a finales del siglo pasado, y muy probablemente a principios de éste, entre los shilluk del Nilo blanco. Cuando el soberano aún tenía vigor, cualquiera de sus numerosos hijos, si conseguía llegar hasta él y matarlo, era proclamado como su heredero en el trono. Si sobrevivía a estos intentos, cuando sus fuerzas declinaban por la edad, le era comunicada su propia muerte colocando un velo blanco sobre su cara y sobre sus rodillas mientras dormía, y poco después era estrangulado ritualmente en el interior de una

choza preparada a tal efecto. Costumbres parecidas se observaban, hasta el siglo pasado, en diferentes países africanos e hindúes; y al parecer también en Mesopotamia, Grecia y Europa. Autores como la doctora Margaret Murray se plantean incluso que este trasfondo es lo que se esconde tras la mayoría de los magnicidios que se han dado a lo largo de la historia de Europa. De hecho, para muchos no es aventurado pensar que tras el odio obsesivo de ciertos regicidas se esconde una manifestación moderna de la vieja creencia del rey sacrificado para renovar la prosperidad de la tierra.

Sin duda, la idea de que el titular de la Corona debe morir para para revivir más fuerte y joven en la figura de su descendiente, aún subyace en lo más profundo del inconsciente europeo, aunque liberada ya de sus tintes violentos. Así lo confirma la frase con que se le vitorea cuando se extingue



El asesinato de Alejandro II en 1881 por «los nihilistas» rusos, abrió una época en la cual los regicidios consumados o frustrados se sucedieron en Europa hasta bien entrado el siglo XX.



su vida: «El rey ha muerto; ¡viva el rey!».

Tras su fallecimiento, la figura real también es objeto de veneración. Si su nacimiento y bautizo marcan desde el comienzo el carácter sagrado que tiene su existencia para sus súbditos, también a la hora de su óbito se observan rituales que entroncan con la creencia en esa sacralidad de la función regia. En el caso de los funerales españoles, por ejemplo, no había inhumación. El cuerpo se dejaba durante meses en el pudridero, y sólo cuando se secaba se procedía a introducirlo en el ataúd, que todavía es depositado en la cripta de El Escorial, junto a los de sus antepasados. Allí descansan, en panteón abierto a los visitantes como un moderno vestigio laico de los viejos cultos religiosos que se rindieron a los monarcas, los restos de los soberanos y soberanas de España hasta Don Juan de Borbón, padre de Juan Carlos I, que murió sin acceder al trono y fue llamado, durante el largo exilio de la Familia Real, «el Rey sin corona».

Los tabúes reales

El monarca simboliza el punto central inamovible, el eje del mundo, y como tal es un intermediario entre el cielo y los hombres. Ese carácter de intercesor se hace patente, sobre todo, en la figura del emperador chino. La palabra que lo designa, *wang*, está formada por tres trazos horizontales, que representan al cielo, al hombre y a la tierra, unidos por un trazo vertical. La misma idea se encuentra en Europa, aunque ya despojada de significación religiosa. Así, a Juan Carlos I se le considera «eje de la sociedad española», o se le atribuye el papel «simbólico» de «mediador

y garante de los diferentes estamentos de la sociedad española».

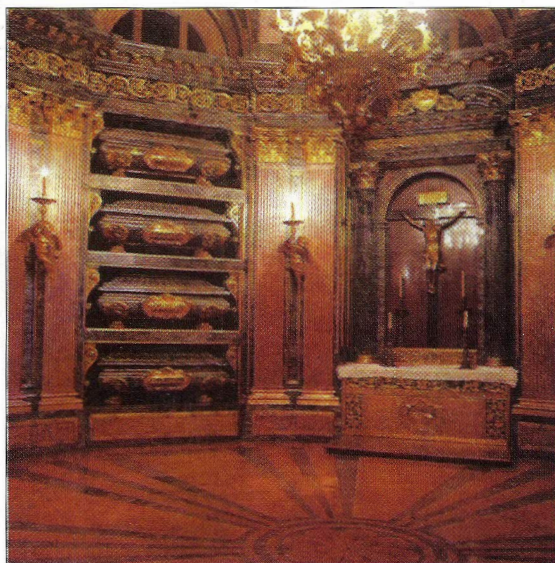
Este carácter obliga al soberano a comportarse de una manera diferente y le convierte de alguna forma en «prisionero» vitalicio de su cargo y del protocolo. De hecho, no es descabellado hablar de tabúes regios. Los antiguos monarcas irlandeses, por ejemplo, debían tener cuidado de no romper los *geasa* o prohibiciones. Al rey Conaire le estaba prohibido, entre otras muchas cosas, cazar pájaros, dormir en una casa en la que se viera luz desde fuera, o intervenir en las disputas de sus criados. Cualquier violación de los tabúes, aún involuntaria, atraería la desgracia a su reino. A su vez, el emperador japonés no podía tocar el suelo con sus pies, el sol no podía iluminar su cabeza, y debía dejar crecer sus cabellos y uñas. En otro tiempo se le obligaba cada mañana a permanecer inmóvil sobre el trono, durante horas. Si movía siquiera los ojos en alguna dirección, se tenía por seguro que la guerra, el hambre y la desolación arrasaban el país.

Esta consideración mágica del soberano se extendió en otros tiempos a los mínimos actos de su vida cotidiana. Así, por ejemplo, el ritual dedicado a los monarcas franceses como Luis XIV y Luis XV, incluía la adoración de su persona desde que despertaban por la mañana. Tanto su primer aseo, como el acto de evacuar sus intestinos, de acicalarse o de desayunar, eran rodeados de gran

mas que acarrearían desgracia al reino permaneciendo aún en nuestros días en el rígido protocolo de la Casa Real española. Ese miedo ancestral es el que parece afectar en la actualidad a ciertos sectores monárquicos y aristocráticos, que miran con recelo cómo el rey Juan Carlos I y la muy espiritual y vegetariana reina Sofía, se saltan a menudo la férrea disciplina del protocolo. Así, por ejemplo, Sus Majestades, rompiendo una vieja costumbre que establecía que debían comer siempre rodeados de dignatarios, lo



El rey Luis XIV, denominado por sus súbditos «el rey Sol», incluso acarició el proyecto de convertirse en el jefe supremo de la iglesia francesa.



Arriba, panteón de los reyes en El Escorial. Derecha, Juan Carlos I, que supo enterrar la guerra civil y crear la España democrática.

boato y suponían ceremonias de veneración con la participación de decenas de cortesanos. Todos los gestos del rey, incluyendo los más triviales, eran trascendentes.

La necesidad de observar un comportamiento estricto para no violar ciertas nor-

hacen en privado como cualquier familia. En la misma línea, por decisión propia, no residen en un Palacio, y también han preferido democratizar al máximo la función regia, huyendo de los círculos cortesanos y evitando los fastos y ágapes característicos de la monarquía tradicional. Paradójicamente, en la España actual son los monárquicos quienes se oponen a este proceso y ➤



Sus Majestades quienes insisten en renovar la institución y democratizarla para servir cada vez más en calidad de funcionarios y menos como seres especiales. No en vano, en ocasión de la inscripción para votar la aprobación de la Constitución, Juan Carlos I figuró como funcionario público y la reina Doña Sofía como ama de casa (de profesión «sus labores»).

Esta voluntad de identificación con el pueblo se ve en los mínimos detalles. Así, por ejemplo, contra la rígida prohibición que vedaba el beso a quien no perteneciese a la Familia Real, Doña Sofía, como las infantas, lo han impuesto como saludo y como expresión de solidaridad y afecto en determinadas situaciones. Un valiente y bello gesto simbólico, con el cual nuestros actuales monarcas expresan el sentimiento de que todos integramos la familia española.

Tampoco es casual que la imagen del heredero de la Corona se asocie a la defensa de la naturaleza y al ecologismo, y no a la imagen tradicional que situaba a esta figura a la cabeza de las partidas de caza, como no lo es el hecho de que sea el primer heredero con una estricta formación universitaria. Se trata de innovaciones que, como la de



Arriba, Federico el Grande, de Prusia. Abajo, Felipe de Borbón y Grecia, que reinará como Felipe VI de España.



El rey Carlos II de Inglaterra llegó a curar por imposición de manos, en actos ceremoniales, hasta cien mil enfermos de escrófula.

trabajar en el ámbito civil y empresarial, expresan la voluntad de hacer de la

Corona un referente dinámico que evolucione en armonía con la sociedad. En buena medida, Doña Sofía —que en su juventud trabajó como ATS especializada en pediatría— es una de las impulsoras discretas de este proceso innovador, que también tiene bases regias. No en vano la Reina proviene de una Casa que, como la griega, siempre estimó como virtud el trabajo. Ya en *La Ilíada* de Homero encontramos que uno de los méritos del príncipe heredero de Troya, Héctor, es la de constructor, así como en *La Odisea* vemos que el Rey padre de Ítaca, Laertes, trabaja personalmente en la viña y en la huerta durante su vejez.

Pero el carácter sacro de la persona real no sólo afecta a su comportamiento; a estos elegidos se les exige también un cuerpo sin taras. Una mutilación, como la pérdida de un ojo o de un brazo, o una minusvalía física, impedían ser rey entre los irlandeses. La misma idea permanece en las monarquías modernas. Juan Carlos I es el sucesor de Don Juan de Borbón, el menor de los hijos del rey Alfonso XIII, que fue el elegido por su padre como heredero de la Corona y Príncipe de Asturias en detrimento de sus hermanos mayores, Don Alfonso y Don Jaime, a quienes correspondía, en ese mis-

mo estricto orden, la sucesión, según el derecho dinástico. Precisamente, la decisión de Alfonso XIII de solicitar y obtener de ellos la renuncia a sus derechos al trono se debió precisamente a sus minusvalías físicas, ya que el primero era hemofílico y el segundo sordomudo.

La obligatoriedad de tener un cuerpo sin defectos físicos es, curiosamente, la misma que se observa en ciertas sociedades iniciáticas como la masonería. Y es que el rey se somete realmente a un rito de iniciación, a una liturgia de renacimiento, en el momento de su coronación. Esta ceremonia de investidura se remonta al Antiguo Egipto. El nuevo faraón cambiaba su nombre, al igual que los soberanos occidentales adquieren un sobrenombre que les identifica como «el Justo», «el Grande», «el Sabio». El carácter sagrado del ritual se hace evidente además por el hecho de que, tanto en la actualidad como en el Antiguo Egipto, la ceremonia se lleve a cabo en un templo concreto, con la intervención de los sa-



El rey santo más reciente es Nicolás II de Rusia, a quien el Concilio Episcopal de la Iglesia Ortodoxa ha elevado ya a los altares.



Enrique VIII, se autoproclamó jefe de la iglesia anglicana, separando así definitivamente la corona inglesa de Roma.

LAS ARMAS INICIÁTICAS DEL REY

cerdotes. Así, por ejemplo, ya sabemos que nuestro Príncipe de Asturias se casará en Madrid, en la misma Iglesia de Los Jerónimos donde se han casado sus antecesores desde hace siglos, y que accederá al trono como Felipe VI. No es él quien elige la Iglesia donde habrá de casarse, sino una tradición.

Una fuerza sobrenatural se incorpora al nuevo rey; una fuerza mágica que, en otro tiempo, hacía que ese mismo acto solemne se repitiese cada año. Esta liturgia de renovación era la festividad religiosa más importante y magnífica del calendario en el Egipto faraónico, donde con cada monarca se ini-



El Emperador Francisco II (I de Austria), ataviado con los ornatos de Gran Maestre de la Orden del Toisón de Oro.

ciaba un tiempo nuevo que se contabilizaba conforme a los años de su reinado.

En pleno cristianismo, el *dogo* veneciano también repetía cada año una ceremonia similar. Para asegurar la prosperidad de la ciudad, en medio del alborozo popular, se identificaba con Neptuno y se desposaba con el mar, en unas nupcias que le daban un poder simbólico sobre el Universo. La misma idea parece subyacer hoy en día, aunque despojada de su carácter sagrado, en el ya típico discurso del Rey en el día de Navidad, cuando el monarca formula un mensaje de renovada esperanza de cara a su siguiente año de reinado.

El Rey es un iniciado, y a menudo fundador de sociedades iniciáticas. Este carácter tienen las órdenes de caballería que él preside, como la del Toisón de Oro, fundada por el emperador Carlos I, o la Orden de la Jarretera, que muchos vinculan al nacimiento de la Orden Rosacruz y que sirvió a Isabel de Inglaterra para aglutinar en torno a su persona a la nobleza, promoviendo el recuerdo del mítico rey Arturo, eje simbólico del mundo y centro de los famosos caballeros de la Mesa Redonda.

Él es el señor de las dos fuerzas que integran el Universo, como el faraón era a la vez Horus y Seth, señor del Alto y del Bajo

Las insignias de la realeza actúan como auténticos talismanes cuya posesión confiere el poder regio. A semejanza del gorro del mago, la corona se apoya sobre el último chakra, simbolizando el poder conferido desde lo alto que irradia sobre su portador. Por su forma circular representa al mundo y al Sol. A menudo está ornada de gemas y piedras preciosas, cuyas virtudes y poderes talismánicos actúan sobre el monarca. La espada, otra de las armas típicas del mago, simboliza el poder y la justicia, pero también el cono-



cimiento y la razón. Es el eje que une los mundos y una imagen del rayo solar que disipa las tinieblas. El cetro es semejante a la vara del mago, otra imagen de la columna que sostiene el Universo. Es símbolo de fuerza y de fecundidad. La

túnica del mago tiene su equivalente en el manto real, y como éste es símbolo del cielo y de lo sagrado y está llena de potencia mágica. El trono representa al Universo sobre el que gobierna el rey, es el ombligo del mundo. Quizá el más famoso sea el de los reyes irlandeses, la «Piedra del destino» arrebatada a los escoceses por los ingleses. La tradición afirma que es la misma piedra, dotada de grandes poderes mágicos, sobre la que se durmió Jacob cuando vio la escala sobre la que subían y bajaban los ángeles. ■

Egipto, y ostentaba el doble cetro. El mismo simbolismo expresaba la Corona de Francia con los dos mantos imperiales, símbolos de su función regia. El monarca se vincula al poder terreno y al espiritual.

Por eso, se le atribuyen poderes sobrenaturales, como traer la lluvia y el buen tiempo. En consecuencia, los reyes incas juraban hacer lucir el Sol, y que las nubes descargarán lluvia, los ríos corrieran y la tierra diera frutos. A los reyes daneses se le presentaban los niños para que su influjo les hiciera crecer fuertes y sanos. Hasta épocas muy recientes se consideraba que tenían poderes para la curación por imposición de manos, que a los monarcas ingleses les venía de Eduardo el Confesor y a los franceses como legado de San Luis o Clodoveo. Este don implicaba un secreto mágico que el soberano transmitía a su heredero en el lecho de muerte.

Así, en ocasiones, como el faraón, es también sacerdote. En Occidente, esta peculiaridad persiste hasta hoy en Inglaterra, donde a partir de Enrique VIII él es también la cabeza visible de la iglesia anglicana, o se traduce en la figura del rey santo, como San Luis de Francia o el Zar Nicolás II, quien a pesar del tiempo y del reciente pasado comunista despierta hoy un fervor religioso sin precedentes. Atendiendo esta demanda, el Concilio Episcopal de la Iglesia Ortodoxa Rusa decidió canonizarlo, junto a la zarina y a sus cuatro hijas, convirtiéndolo de paso en el primer santo elevado a los altares del siglo XXI. Como este monarca fue muy poco ejemplar, e incluso ordenó brutales represiones, que le valieron el apo-

do de «el sanguinario» por haber mandado a disparar contra una manifestación pacífica de 100.000 trabajadores el 9 de enero de 1905., el clero ortodoxo ruso matizó que no se le elevaba a los altares por una vida ejemplar, sino por su muerte, asumida con «cristiana resignación». Desde ahora, San Nicolás II, será oficialmente objeto de culto, como la emperatriz Alexandra y los cinco hijos del matrimonio.

Los arquetipos no mueren. Se transforman, mutan y se adaptan. Pero permanecen en el inconsciente colectivo.

Y es que el Rey, el arcano número IV del Tarot, tiene su trono en lo más profundo de la mente de cada ser humano. ■



En el príncipe de Salem y sacerdote de Melquisedec, se reúnen los dos poderes: el regio y temporal, y el espiritual o sacerdotal.